

Un asesinato que nos habla de resurrección

Misa exequial del padre Octavio Ortiz Luna¹
Tercer domingo del Tiempo Ordinario
21 de enero de 1979

Jonás 3, 1-5.10
1 Corintios 7, 29-31
Marcos 1, 14-20

Queridos hermanos sacerdotes:

Gracias por haber venido a expresar, aun sacrificando sus propios horarios dominicales, su solidaridad, que en momentos tan solemnes nos hace sentirnos tan hermanos. Gracias también a esa voz ecuménica de nuestro hermano pastor Jorge Lara Braud², quien, en su breve mensaje, nos da un gran aliento en nuestro peregrinar, tratando de ser fieles a ese Evangelio que une profundamente a todos aquellos, sean protestantes, ortodoxos o católicos, pero que tratan de ser fieles intérpretes de un Evangelio tan difícil en esta hora de tantas susceptibilidades.

Y así resulta que el pueblo católico, rodeando hoy los cadáveres de un sacerdote muy querido, el padre Octavio Ortiz, y de

¹ El día 20 de enero, fue asesinado por la Guardia Nacional el padre Octavio Ortiz Luna, sacerdote diocesano, junto con cuatro jóvenes, en la casa de retiros *El Despertar*, de San Antonio Abad. *Cfr.* Boletín informativo n.º 55 de la Secretaría de Comunicación Social del Arzobispado de San Salvador (20 de enero de 1979), en *ECA* 363/364 (1979), pp. 87-88.

² Antes de la homilía, Jorge Lara Braud, representante del Consejo Mundial de Iglesias de Ginebra y del Consejo de Iglesias de Estados Unidos, dirigió un breve mensaje de solidaridad.

los cadáveres de cuatro jovencitos que murieron acribillados con él: Ángel Morales, Jorge Alberto Gómez, Roberto Antonio Orellana y David Alberto Caballero, es un pueblo con perspectivas ecuménicas y escatológicas. Esa multitud que llena la catedral y el parque es una multitud que no se circunscribe a este local, a través de la radio se extiende a casi toda la república y, más allá de la diócesis y de la patria, se siente unida en fe y esperanza con todo el pueblo de Dios que peregrina en todos los países de la tierra.

SC 106

Creo, hermanos, que pocas veces como hoy se siente lo que es la misa dominical, que el Concilio Vaticano II definió como “una tradición apostólica que se remonta hasta el mismo día de la resurrección y que celebra el misterio de la pascua, muerte y resurrección [...]. Este día —ordena nuestra Iglesia católica— los fieles deben reunirse para oír la palabra de Dios y participar en la eucaristía, acordarse de la pasión, resurrección y gloria del Señor Jesús y dar gracias a Dios, que los ha regenerado en la esperanza viva por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos”. Y esta esperanza y esta participación en la muerte y en la resurrección de Cristo se hacen hoy vivencia dolorosa en torno de esos cadáveres que nos predicán, precisamente, el lenguaje de las tres lecturas que hoy acabamos de escuchar.

Pero antes de reflexionar en esas lecturas, quiero pensar en ustedes, que forman esa muchedumbre. Son comunidades que han venido desde diversos horizontes de la diócesis y de la patria; y sentimos también cómo la liturgia de la tierra, esta misa de la catedral —de la catedral que se sintió pequeña ante la invasión de amor y de fe de todos ustedes y, por eso, ha tenido que salir a la calle—, sentimos, digo, que esta comunión que nos une con la liturgia del cielo nos está haciendo pregustar, casi sensible, en la presencia de esos cadáveres que no están muertos, sino que son peregrinos que ya van llegando a la vida verdadera, para que nosotros, comunidad que todavía peregrina, afiancemos todavía más esa esperanza que ya es grande en el corazón de todos ustedes. Es una comunidad eclesial que, en esta semana, puede contar acontecimientos como todas las semanas los vamos contando.

Vida de la Iglesia

La gran expectativa que nuestro continente está sintiendo ante el viaje del Papa a México y la reunión de Puebla. Mi corazón se

divide ante esta expectativa. El anhelo sincero de ir al encuentro con el Papa y con mis hermanos obispos del continente no en viaje de paseo ni de descanso, sino en una búsqueda de un mejor servicio a la diócesis y en un deseo de aportar la riqueza insondable de nuestra arquidiócesis, que es grande, son ustedes, son sus comunidades, es su fe, es su sufrimiento, es su persecución*. Y siento, entonces, aquello de Pablo. Quisiera quedarme con ustedes en una hora tan dolorosa y tan peligrosa de nuestra Iglesia; pero, por otra parte, siento la necesidad de llevar toda esta voz para hacerla sentir en Puebla a las amplitudes del continente y del mundo. Y débil porque, aunque pastor, soy un pobre cristiano; sin embargo, siento que mi fe se robustece en el contacto con el romano pontífice.

Flp 1, 23-24

Por eso, hermanos, yo les pido permiso de dejarlos un momentito en la orfandad, para ir a llevar la riqueza de ustedes y a traer la fortaleza del Papa y de mis hermanos obispos, que se van a reunir en Puebla. Y quiero suplicarles, entonces*, sus oraciones. Yo quiero ser la presencia de una arquidiócesis en oración. Que nadie deje de rezar mucho. Y hoy tenemos cinco nuevos intercesores en el cielo que aman esta diócesis y, para servirla, precisamente, mejor, estaban preparándose en ese convivio donde encontraron la muerte. Oremos, entonces, para que Puebla sea lo que espera América y el mundo de ella.

Es hermoso. Yo quiero recoger, como voz de todos ustedes, queridos hermanos, el telegrama que el padre Alex Poprawa, de Las Flores, de Chalatenango, me envía con un cariño fraternal, diciéndome: “Viejita pobre paga misa favor buen viaje monseñor México. Alégrome profunda fe. Saludos”. Como esta viejita en oración*, yo quiero contar con todas las plegarias de todos los que formamos la Iglesia de la arquidiócesis.

Y quiero dejar también una recomendación: ¡mucho cuidado con la manipulación de las noticias! Mucho cuidado, porque Puebla está siendo como una presa sabrosa para todos aquellos que distorsionan la verdad de las cosas; y, después de haber visto la brutal desfiguración de los hechos que estamos lamentando en esta mañana, hay razones también para temer que un hecho tan sagrado y de tanta esperanza lo echen a perder los intereses mezquinos de nuestra política, de nuestra potencia económica, de nuestros medios de comunicación social. Seamos superiores a todo eso y tratemos de vivir el verdadero mensaje de Puebla

que tendrán el cuidado de estar transmitiendo nuestros medios de comunicación social.

Esta comunidad que está reunida aquí, junto a la catedral, es la comunidad del octavario por la unidad de las Iglesias, como nos lo acaba de recordar nuestro estimado hermano Jorge Lara Braud. Una esperanza de unión que está orando en todos los templos católicos y protestantes, que no se dejan manipular su Evangelio, sino que saben que el Evangelio no es un juguete de la política ni de las conveniencias, sino que tiene que ser muy superior y ser capaz de renunciar a todo aquello que empaña el mensaje auténtico del Evangelio. Seguiremos buscando, con nuestros hermanos protestantes, un Evangelio que sea verdaderamente de servicio a nuestro pueblo tan sufrido.

Quiero expresar también, en este momento de dolor, nuestro pésame a dos hermanos sacerdotes: padre Gabriel Rodríguez, que llora la muerte de su papá; y al padre Porfirio Martínez, de la diócesis de San Vicente, por el asesinato de su hermano Gilberto, vecino de San Francisco Chinameca.

Quiero, también, complacerme con ustedes, en esta comunidad, por el espíritu de compartición que todos ustedes tratan de cultivar y que lo expresa, desde Nueva York, un cristiano de nuestras comunidades, Marcos Luis Maldonado, que, al enviar cien colones, me dice: “Es una pequeña ayuda para la gente que esté más necesitada en estos momentos de mi país; con todo cariño y ganado con mi esfuerzo, pues, para poder sobrevivir, he tenido que alejarme de mis seres queridos y de mi patria, que es lo que menos quisiera en esta Navidad”.

Es la Iglesia que está aquí reunida la que recibe también un espaldarazo de un gran prelado de América del Sur. Me escribió, y ayer recibía su carta, monseñor Leonidas Proaño, de Riobamba, Ecuador, para decirme: “Seguimos con interés los dolorosos acontecimientos de El Salvador. Estamos junto a usted y a todos los cristianos que están sufriendo por causa del Evangelio. Espero que nos podremos ver con ocasión de la Conferencia de Puebla y reconfortarnos mutuamente en nuestra lucha por hacer nacer un pueblo que se convierta en el pueblo de Dios y que marche hacia su liberación integral”*.

Suprimo muchas otras noticias de la vida fecunda de nuestra diócesis en estos días. Solamente, sí, no puede omitir —y las noticias que se han omitido las podrán seguir escuchando en

nuestros medios de comunicación social—, pero es un hecho, el que nos congrega aquí, de la plenitud de la vida de nuestra arquidiócesis: el caso sangriento y doloroso de Octavio Cruz³ Luna. Acerca de esto, la diócesis declara que el comunicado oficial, que publicaron los medios de comunicación social⁴ es mentiroso del principio al fin*. Nuestros medios de comunicación social están señalando ya, una a una, todas esas calumnias que teje, en tan pocas líneas, un comunicado que debía de guardar la fe de la patria.

Gracias a Dios, contamos, para reconstruir la verdad, con el testimonio de muchos que sobreviven a la tragedia, llevados a la prisión de la Guardia Nacional; y, gracias a Dios, entonces, que no sucedió aquí, con Octavio Ortiz, lo que sucedió con nuestro pobre hermano Ernesto Barrera, cuyo único testigo, que hubiera podido aclararnos la verdad, fue asesinado por los mismos agentes de la seguridad para dejar sin testigos* aquel crimen oficial.

Y este es el primer testimonio que tenemos a la mano: “Este día, a las seis horas de la mañana, cuando me encontraba durmiendo...”. Tengan en cuenta todos estos detalles. Era una convivencia de jóvenes de iniciación cristiana, no eran hombres armados para defenderse. Estaban durmiendo en el local que ocupa la casa de retiros para grupos cristianos, denominada *El Despertar*. El que no conozca esta casa, lo invito a conocerla para que vea que no tiene el aspecto de un cuartel ni tiene las intenciones de fomentar allí guerrilleros, sino que desde hace muchos años viene sirviendo para promover grupos de cristianos con criterios de Evangelio, que naturalmente son criterios muy peligrosos en nuestro tiempo. Es propiedad del arzobispo de San Salvador y está situada en la parroquia de San Antonio Abad.

Sigue el testigo diciéndonos: “Se introdujeron en forma violenta muchos miembros uniformados de las fuerzas de seguridad, quienes ingresaron al local referido disparando sus armas. En ese acto, un vehículo grande de color verde, de los que denominan tanquetas militares, junto a un jeep militar, entraron violentamente al centro de retiros cristianos, ubicándose en el patio central. En este centro me encontraba —dice el testigo— dirigiendo, junto con el padre Octavio Ortiz Luna, sacerdote cató-

³ Octavio Ortiz Luna.

⁴ Cfr. *La Prensa Gráfica*, 21 de enero de 1979.

lico, y diez jóvenes más, un encuentro de iniciación cristiana para veintiocho jóvenes varones, cuyas edades oscilan entre los doce y veinte años. Que este lugar se destina para formación cristiana exclusivamente y no se han propiciado en ese lugar otro tipo de reuniones en las que se conspire contra el Estado, como tampoco que en estas reuniones se sustenten doctrinas anárquicas contrarias al orden público. Que en ese cursillo denominado ‘Encuentro de iniciación cristiana para jóvenes’, y el cual había sido iniciado el día viernes 19, a las diecisiete horas, se utilizaron libros de cancioneros católicos, instrumentos que ahí se encontraban de tipo musical, como guitarras, no existiendo en poder de ninguno de los participantes, en dicho encuentro cristiano, armas de ninguna clase. Antes de ser capturada por miembros uniformados, pude ver que exactamente enfrente de las oficinas, a la entrada de estas y casi en la entrada principal, se encontraba en el suelo, encima de un charco de sangre, el padre Ortiz, que sangraba de la cabeza. Los agentes me capturaron y trasladaron en un radiopatrulla hacia el cuartel central de la Guardia Nacional, en donde nos interrogaron y donde manifesté todo lo dicho hasta este momento en el presente documento”⁵. Entre los interrogatorios, había también cuestiones acerca del obispo: si era verdad que llegaba a sembrar la subversión en aquellos centros.

Este comunicado de nuestra arquidiócesis, al que se irán sumando otros testimonios⁶, gracias a Dios, quiere hacer ver el contraste de la versión, de la mentira del Gobierno y la realidad vivida por los testigos. Cabe sacar algunas conclusiones:

Primero. Que nuestros cuerpos de seguridad no son capaces de reconocer sus errores, sino que los hacen más graves, falsificando la verdad con la calumnia. Y así van echando a perder, cada día más, la credibilidad de nuestro Gobierno, y así van echando a perder nuestros medios de comunicación social, obligándonos a acudir a los organismos internacionales y a las publi-

⁵ Testimonio de la hermana María José Forrier. Cfr. *Manuscritos de los esquemas de las homilias de monseñor Óscar A. Romero*, Oficina de la causa de canonización de monseñor Óscar A. Romero, Arzobispado de San Salvador.

⁶ Cfr. “Terror en El Salvador” (21 de enero de 1979), *Orientación*, 28 de enero de 1979, y “¡Basta ya!” Comunicado del Arzobispado de San Salvador y de los sacerdotes de la arquidiócesis con ocasión del asesinato de los mártires de *El Despertar*; San Antonio Abad (22 de enero de 1979), *Orientación*, 28 de enero de 1979.

caciones de otros países porque ya no creemos en la justicia y en la verdad de nuestro propio ambiente*.

Segundo. Que, por tanto, es urgente una purificación del sistema corrupto de la seguridad de nuestro país*. El sentido de frustración de nuestro pueblo se agrava cuando aparecía un rayito de esperanza en el cambio de la dirección de cierto cuerpo de seguridad⁷, que ahora parece apagarse ante la realidad brutal que estamos aquí denunciando.

Tercero. Que se comprueba, una vez más, la maldad y el peligro de la *Ley de Garantía y Orden Público*, al legalizar las posibles sospechas como justificaciones de actividades violatorias de la libertad y de la vida de los salvadoreños.

Cuarto. ¡Que ya basta! Y lo decimos no con pesimismo, sino con un gran optimismo en las fuerzas de nuestro noble pueblo. El ambiente se ha saturado de brutalidad y es necesario un retorno a la reflexión que nos haga sentirnos seres racionales, capaces de buscar las raíces de nuestros males y realizar sin miedo los cambios audaces y urgentes que necesita nuestra sociedad*.

Finalmente, quiero recordar que los autores materiales e intelectuales del asesinato del sacerdote Octavio Ortiz han incurrido en la excomunión canónica, que en este caso no es otra cosa...*. La excomunión de la Iglesia, bendito sea Dios, de la que muchos se ríen, tal vez les hace pensar cuando esta Iglesia, identificada con el pueblo, hace sentir su excomunión como un repudio del mismo pueblo*. Pero que la Iglesia, como madre que en su severidad no olvida la misericordia, así como ora por el descanso eterno de las víctimas y el consuelo de sus familiares que lloran, pide también y espera la conversión de los asesinos*.

Esta es nuestra Iglesia. Diríamos que, junto a nuestro pueblo, como trayéndonos un mensaje trascendente, los cuatro cadáveres de los jovencitos que se reunían bajo la dirección del padre Ortiz y, sobre todo, el padre Ortiz es alguien a quien tenemos que escuchar en el silencio de la muerte.

Padre Ortiz, un joven sacerdote, nacido, apenas, el 22 de marzo de 1944, en un cantón de Cacaopera, departamento de Morazán. Conservó su sencillez de campesino; sabía que la grandeza del hombre no es de apariencias, sino la verdad. A sus

⁷ El 3 de enero de 1979, el coronel José Antonio Corleto fue nombrado director de la Guardia Nacional. Cfr. *El Diario de Hoy*, 4 de enero de 1979.

padres, don Alejandro Ortiz y doña Exaltación Luna, ambos también gloriosos de su estilo campesino —están aquí entre nosotros—, a ellos, lo mismo que a los parientes de los otros difuntos, nuestra condolencia. Vino a estudiar, el padre Ortiz, en nuestro seminario San José de la Montaña y yo tuve la dicha de ser el obispo que lo consagró sacerdote. Es la primicia de mi episcopado. Estrenó su sacerdocio en la comunidad de Zacamil, a la que amó siempre. Al momento de ser asesinado, el padre Octavio Ortiz Luna estaba en plena actividad.

Si se me pidiera cómo fue su último día, lo puedo describir perfectamente. Por la mañana, trabajando con los organizadores de la semana de identidad sacerdotal, para hacer una síntesis del rico mensaje que nos dejó esa semana; y por la tarde, en una reunión pro-seminario que yo presidí, Octavio fue el que llevaba la coordinación. Con una gracia muy especial, sabía él llevar estas juntas y resultaban muy fructuosas. De allí salió para San Antonio Abad a celebrar la misa del patrono y, a continuación, por la noche, a inaugurar o a dar los puntos de reflexión a los treinta y tantos jóvenes, a los cuales la madre Chepita después concretaba con dos preguntas la reflexión espiritual, a la que se tenían que levantar el día en que *El Despertar* fue un despertar horrible, de muerte, para darnos este mensaje doloroso de hoy.

Este pueblo que está reflexionando aquí junto a la catedral... Y de las lecturas bíblicas —perdonen, no me voy a prolongar tanto— solamente para enfocar desde el Evangelio, desde la teología, desde la pastoral; porque quiero ratificar que mis predicaciones no son políticas, son predicaciones que naturalmente tocan la política, tocan la realidad del pueblo, pero para iluminarlos y decirles qué es lo que Dios quiere y qué es lo que Dios no quiere. Y la palabra que ahora ilumina este hecho sangriento la hemos escuchado, aunque con dificultades por el mal sistema de sonido, pero podíamos decir que todo el mensaje en esta circunstancia podía llevar este título: *Un asesinato que nos habla de resurrección*. Y en las lecturas, encuentro yo la presencia, en este mundo, de un mundo nuevo que se concreta en la resurrección de Cristo; segundo, que para vivir en ese mundo nuevo Cristo nos llama hoy a la conversión; y tercero, que para crecer en ese mundo nuevo y ser luz de la tierra, sal y luz del mundo, se necesita creer.

La presencia de un mundo nuevo que se concreta en la resurrección de Cristo

La presencia de ese mundo nuevo nos la destacan las tres lecturas. Nínive, en la primera lectura, aparece como el prototipo de las grandes ciudades frívolas, egoístas, pecadoras. Y a ese mundo frívolo, Dios le manda el mensaje de Jonás que dice: “Dentro de cuarenta días, si esta ciudad no se convierte, Dios la va a arrasar”. Pero nos cuenta la lectura de hoy que aquel momento fue aprovechado por Nínive y todos hicieron penitencia y Dios perdonó a la ciudad.

Jon 3, 4

También, en la segunda lectura, cuando Pablo, hablando a las situaciones concretas en que viven los hombres —unos casados, otros sin compromisos matrimoniales, unos esclavos, otros señores—, les dice que este marco concreto en el cual viven es donde Dios los quiere santificar, con tal que ese marco histórico lo purifiquen de todo pecado. Toda situación en el mundo es buena para ser santo con tal de que el hombre muestre, en esa situación, que no está de acuerdo con el pecado; de allí que la lucha de los cristianos es por convertirse ellos y convertir el mundo del pecado al reino de Dios que ya está cerca.

Y Cristo, el máximo maestro de este domingo, nos dice: “Se ha cumplido el plazo, está cerca el reino de Dios”. Este plazo que se ha cumplido es precisamente el Cristo resucitado. Él ha abierto una nueva etapa en el mundo y dichosos aquellos que encuentran ese secreto de resurrección, porque entonces la vida, a pesar de los crímenes, de las maldades, es un mundo que, para los cristianos, es fuerza y marco de la salvación. Dios salva en la historia concreta de cada pueblo y de cada hombre, y “hay que vivir —dice San Pablo—, los que están casados como si no lo estuvieran, los que sufren como si no sufrieran, los que gozan como si no existiera el placer, sabiendo que la figura de este mundo pasa”. Este es el gran mensaje de Octavio muerto: la figura de este mundo pasa y solo queda la alegría de haber usado este mundo para haber implantado allí el reino de Dios. Pasarán, por la figura del mundo, todos los boatos, todos los triunfos, todos los capitalismo egoístas, todos los falsos éxitos de la vida. Todo eso pasa. Lo que no pasa es el amor, el haber convertido en servicio de los demás el dinero, los haberes, el servicio, la profesión, el haber tenido la dicha de compartir y de sentir hermanos

Mc 1, 15

1 Cor 7, 29-31

a todos los hombres. “En la tarde de la vida te juzgarán por el amor”⁸. A Octavio y los jovencitos muertos con él, en esto los ha juzgado Dios, el Señor: en el amor. Y qué hermoso podrá presentarse un sacerdote pobre, renunciador de todo, con la sencillez de un campesino que se gloria de esa categoría, para saberse hacer más accesible a todo aquel que quiere encontrar en este Evangelio, que lleva características de pobre, de necesitado, el gran mensaje que Dios trae para salvar al mundo.

El mundo nuevo se acepta por la conversión

Mt 6, 24 El uso de los bienes de la tierra en un convertido, San Pablo nos lo ha enseñado en las lecturas de hoy. Y la razón de esa conversión es porque “no se puede servir a dos señores”. Solo hay un Dios y ese Dios o será el Dios verdadero, que nos pide la renuncia de las cosas cuando se convierten en pecado, o es el dios dinero, que nos obliga también a estar de espaldas al Dios del cristianismo. Y porque quisieran un Dios de espaldas al verdadero Dios, muchos critican esta Iglesia y matan a Octavio y matan todo movimiento que está tratando de derrotar los ídolos de los falsos dioses y está tratando de darnos el Dios verdadero.

Para crecer en ese mundo nuevo, se necesita creer

Mc 1, 15 Por eso, hermanos, y termino con esto, Cristo dice: “Se acerca el reino de Dios, conviértanse y crean a la buena noticia”; la fe. Y el Evangelio sigue contándonos hoy las primeras cuatro vocaciones de la jerarquía eclesiástica: Pedro, hermano de Andrés; Juan, hermano de Santiago, lo dejan todo cuando el Señor los invita a que su conversión no sea simplemente un dejar de hacer el pecado, sino un cumplir la voluntad de Dios.

Yo quiero decirles a mis queridos hermanos sacerdotes —y gracias por estar atentos a esta palabra— que este centenar de sacerdotes significando su presencia con la estola sacerdotal, en torno del altar, son los sucesores de Pedro, de Andrés, de Santiago, de Juan, y que lo que Dios nos pide es, precisamente, lo que les pidió a aquellos y le pidió a Octavio; y hoy esa sucesión nos

⁸ Cfr. San Juan de la Cruz, *Obras completas*, Madrid, 1988, p. 94.

deja un ejemplo con estola de sangre, con casulla de dolor, con su cara desfigurada. El pobre Octavio murió con la cara apachada. ¿Qué le pasó encima? No lo sabemos, pero el médico dice: “Murió de un aplastamiento”. Para arreglarlo, en la funeraria *Auxiliadora* no pudieron dejarlo como era. Octavio ya se transformó, porque dio su cara por Cristo. Esto nos pide el Señor.

Y me alegro de decirles, queridos hermanos cristianos, que hoy, cuando es más peligroso ser sacerdote, es cuando estamos recibiendo más vocaciones en el seminario. Este año va a batir el récord*. Veintisiete jóvenes bachilleres están ya a las puertas del nuevo curso del seminario, porque este reino de Dios que está en el mundo es un reino de Dios que a los nobles, a los jóvenes, verdaderamente les hace decir como aquel del Evangelio: “Vayamos con Él y muramos con Él”*.

Jn 11, 16

Pero esta comunidad, que ha hecho esta reflexión bajo la luz de la palabra de Dios, vive en un mundo donde el pecado está entronizado. Y es la lucha del reino de Dios una lucha para la que no se necesitan tanquetas ni metralletas, una lucha para la que no se necesita* espada o fusil. La lucha se bate con guitarras y canciones de Iglesia, se siembra en el corazón y se reforma un mundo, porque “la violencia, aun cuando tiene motivaciones justas, es siempre violencia y no es eficaz y no es digna”, decía el Papa. Ojalá los que, ante hechos como estos, sienten el natural instinto de la venganza y de la violencia, se sepan dominar y sepan que hay una violencia muy superior a la de las tanquetas y también a la de las guerrillas, es la violencia de Cristo: “Padre, perdónalos porque no saben, son ignorantes, pobrecitos”. El reconocimiento de esa superioridad* es más fuerte que la misma violencia de las armas, que no hace más que hacer más brutos a los hombres, porque el animal no tiene armas*.

Lc 23, 34

Hechos de la semana

Y por eso, ha sido esta una semana en la que tenemos que llorar. Y la presencia de esos cadáveres viene a ser como la síntesis del secuestro del señor Ernesto Liebes⁹, que no se sabe dónde está y

⁹ El señor Ernesto Liebes, empresario salvadoreño y cónsul general de Israel en El Salvador, fue secuestrado por las FARN el 17 de enero de 1979. *Cfr. La Prensa Gráfica*, 18 de enero de 1979.

su mala salud hace presagiar desenlaces trágicos. ¡Ténganlo en cuenta, violentos del secuestro! El secuestro no es civilización, como no es civilización los desaparecidos ni los encarcelados sin juicio. Eso es salvajismo, todo eso*.

También quiero decir que los secuestrados, dos ingleses y un japonés, siguen secuestrados y que no se les libera mientras no se dé libertad a los cinco desaparecidos. Ojalá el Señor conmueva los corazones y se lleve a cabo esta libertad de estos hermanos nuestros.

Es una semana, también, en que hemos de recordar cómo el FAPU se tomó la Cruz Roja, la embajada de México y las oficinas de la OEA. Intentó además tomarse la hacienda Chanmico. Pedían, con eso, una publicidad para derogar la *Ley del Orden Público* y pedir la amnistía general. Y el fruto ha sido treinta asilados, ochenta y seis detenidos y diecinueve consignados ante Cámaras. Se evidenció internacionalmente la falta de libertad de expresión que existe en nuestro país, por la cual se ven obligados a tomar estas medidas de presión, a las cuales reaccionan, inflexible y brutalmente, los cuerpos de seguridad.

Quiero hacer constar también que yo no pude hacer nada, porque, a pesar de pedírseme de la misma OEA de Washington, le tuve que decir que cuando envié la misión de sacerdotes, se les quitaron los pasaportes y cédulas y se les desconoció. Aquí no se reconoce a la Iglesia como una fuerza que ama los derechos de los hombres.

El señor presidente, a pesar de todo esto, ha dicho en México que no hay persecución a la Iglesia. Y compromete a nuestros periódicos poniendo en titulares de primera página¹⁰ un hecho que aquí la catedral lo está evidenciando, lo mentiroso que es*. El señor presidente acusó en México: “Crisis en la Iglesia a causa de clérigos tercermundistas”. Denunció la predicación del arzobispo como una predicación política y que no tiene la espiritualidad que otros sacerdotes sí siguen predicando; que me estoy aprovechando de mi predicación para promover mi candidatura del Premio Nobel. ¡Que tan vanidoso me creen! Que no hay...*. A la pregunta sobre si existen en El Salvador los catorce¹¹,

¹⁰ Cfr. *La Prensa Gráfica*, 21 de enero de 1979.

¹¹ Se reconoce a El Salvador como el “país de las catorce familias”, en alusión al reducido grupo de grandes propietarios en los que se concentra la riqueza del país.

el señor presidente negó, que no existe nada de eso, como también negó que existieran desaparecidos y reos políticos.

Anoche mismo, un periodista de México me llamaba por teléfono y me decía qué pensaba yo de las declaraciones. Le digo: “No las conozco todavía”. Y él me las leyó por teléfono. Le digo: “Pues la mejor respuesta es que usted publique en su diario lo que estamos viviendo en este momento aquí: un sacerdote asesinado por la Guardia Nacional y cuatro jovencitos más murieron con él”. Y se interesó mucho por la noticia. Y al preguntarme cómo me explico la campaña calumniosa y difamatoria contra el arzobispo y el clero, pues le dije: “Esa es precisamente la razón por qué decimos que hay persecución en la Iglesia. La campaña de psicosis entre las comunidades cristianas, ¿no es persecución? ¿No es también persecución el atropello de los derechos humanos y del pueblo? Porque la Iglesia siente que ese es su ministerio: defender la imagen de Dios en el hombre”. Y le decía yo para terminar: “Fíjese que el conflicto no es entre Iglesia y Gobierno, es entre Gobierno y pueblo; la Iglesia está con el pueblo y el pueblo está con la Iglesia, ¡gracias a Dios!”*.

Hermanos, a la luz de la palabra de Dios, estos acontecimientos, estas realidades nuestras, nos dicen que solo hay una salvación: Cristo Señor. Y por eso, el Evangelio de Marcos, que nos va a llevar ya al altar, nos dice: “El reino de Dios está cerca, ya se cumplió el tiempo, conviértanse y crean”. Señor, hoy nuestra conversión y nuestra fe se apoya en esos personajes que están allí en los ataúdes. Son los mensajeros de la realidad de nuestro pueblo y de las aspiraciones nobles de la Iglesia, que no quiere otra cosa más que la salvación del pueblo. Y mira, Señor, esta muchedumbre reunida en tu catedral, es la plegaria de un pueblo que gime, que llora, pero no desespera, porque sabe que Cristo no ha mentado. El reino está cerca y solo nos pide que nos convirtamos y que creamos en Él. Vamos a responder a este credo, entonces.

Mc 1, 15